

La calle para el miércoles 22 de noviembre de 2006
Diario de un espectador
Hugo Sánchez
por miguel ángel granados chapa

El jueves pasado dos reuniones en Pachuca atraían la atención de los medios. Por un lado se habían congregado allí los jefes del priísmo: su comité nacional, un buen número de sus gobernadores, los líderes de sus bancadas en el Congreso de la unión que, aunque disminuídas (hasta el tercer lugar en el caso de los diputados) siguen siendo importantes. Pero había mayor expectación por la otra reunión, el Congreso internacional de futbol, que se había programado para ser el escenario de la entronización de Hugo Sánchez.

En una entrevista con Randall Alvarado, de una televisora especializada en deportes, hace cinco años Hugo Sánchez, que debutaba apenas como entrenador, al mando de los Pumas donde había militado, dijo que tenía dos objetivos en la vida; ser el técnico de la selección nacional y serlo también del Real Madrid. Confirió más importancia a este segundo papel, y en consecuencia dijo que para retornar a ese equipó tenía que hacer más méritos, entre ellos el de ser seleccionados nacional de México. Ya lo consiguió. Fue nombrado el 16 de noviembre, y lo será efectivamente al comenzar el nuevo año, para empezar a jugar en febrero.

Algo tiene Hugo Sánchez que extrema las opiniones en torno suyo. El mundo del futbol se divide entre quienes lo adoran y quienes lo detestan. Nadie puede negar sus méritos, la excelencia de su carrera. Pero su autosuficiencia, el estilo directo que adquirió en sus años españoles y hasta el ceceo con que volvió y que ahora ya se “le ha quitao”, la claridad de sus metas, resultan revulsivos para muchos. Otros le perdonan todo por sus calidades, no sólo por su pasado sino por la esperanza de futuro que ofrece: México será campeón del mundo, anunció, algo poco creíble para un equipo que apenas llega a cuartos de final.

Hugo Sánchez Márquez nació en la ciudad de México el 11 de julio de 1958. Se formó con los Pumas de la Universidad nacional, en cuya Facultad de odontología hizo una carrera profesional. De todos modos iba a tener a todo el mundo con la boca abierta (como hacen los dentistas al trabajar) y él escogió el camino del asombro. Debutó siendo un chamaco, el 23 de octubre de 1976, un día en que su equipo natal venció a los Tigres regiomontanos. Nada lo detuvo en los años siguientes: fue campeón goleador en México una y otra vez, e impulsó con sus anotaciones a su club y a la selección de que formó parte por primera vez en 1978 a obtener resonantes victorias.

En 1981 emigró a España. Todavía entonces no se pagaban las enormes sumas en que ahora se cotizan piernas como las suyas, ni se había despertado el interés de equipos extranjeros por jugadores mexicanos. De seguro él contribuyó a que ocurrieran una cosa y la otra. Sus primeros cuatro años los pasó con el Atlético de Madrid (el equipo del que hoy es entrenador otro grande del futbol mexicano, Javier Aguirre, *El vasco*). Allí obtuvo su primer campeonato como goleador, y el primero de los trofeos que emblematizan esa condición, el Pichichi. Cruzó la acera en 1985 y formó parte durante siete años del Real Madrid, con el que tuvo tal entendimiento que desearía volver a dirigirlo, cuando concluya su contrato recién estrenado con la Federación mexicana de futbol. Sus habilidades de goleador florecieron en el Santiago Bernabeu, el estadio de sus triunfos: cuatro veces ganó el título de goleador. La última de ellas hizo la hazaña de anotar 38 goles, precisamente el doble de los que le permitieron ganar su primer trofeo. Cinco veces ostentó ese título, por eso los cronistas deportivos fatigan llamándolo el pentaPichichi. Pero dicen verdad.

Sus glorias madrileñas fueron sustituidas por breves y no fructíferas estancias en el América, el Rayo Vallecano (de nuevo en España), el Atlante y hasta el Atlético de Celaya.